PROCESION DE LA VIRGEN DE LA MERCED
Isla de Maipo, Domingo 25 de septiembre de 2022
+ Cristián Contreras Villarroel
Obispo de Melipilla

Como es tradición, el último Domingo de septiembre la Iglesia celebra el **Día de la Oración por Chile**. Nos unimos especialmente a la procesión de la Virgen del Carmen en Santiago y lo hacemos desde nuestro Santuario y Parroquia Nuestra Señora de la Merced en Isla de Maipo. Hemos visto las calles engalanadas con arreglos florales y banderas; pero sobre todo con la presencia de todos ustedes. Más tarde serán miles de feligreses, de familias, ancianos, jóvenes, enfermos, de huasos, cofradías y señoras camareras de la Virgen en procesión. No hay en ninguna parte de nuestra Iglesia una "novena" que inicia el 14 de agosto, en las vísperas de la Asunción de nuestra madre la Virgen Santa a los cielos. Recordemos en este día a don Benjamín Ulloa, a quien presentamos al Señor en su pascua hace pocos meses y sus restos mortales descansan en su Isla de Maipo.

* * *

Desde los inicios de la vida cristiana en esta tierra del fin del mundo, al pie del cerro Huelén, hoy Santa Lucía, la presencia de la Virgen María ha guiado nuestros pasos. Fue la imagen bendita que llegó a Chile junto a don Pedro de Valdivia y, más tarde, la devoción de la Virgen del Carmen que fecundó la oración de las Carmelitas que ofrecen su vida para interceder por la Patria y por nosotros.

No es el momento para hacer la historia de nuestra devoción a la Virgen Nuestra Señora de la Merced, tan querida y patrona de la Isla de Maipo. Solamente quiero expresar mi gratitud a Ella y a la multitud de los creyentes que año a años se dan cita en esta procesión para orar por

Chile. Ayer lo hicimos con los hermanos franciscanos en Rapel de Navidad.

En Ustedes, los presentes, veo la fe de nuestros abuelos y de nuestros padres y les rindo homenaje por habernos legado esta fe que no decae, ni siquiera a la hora de la Cruz: "**mujer, ahí tienes a tu hijo**". Y por eso siento en el alma la misión de transmitir esta devoción a la próxima generación, para que nunca falta en el alma de la Patria el amor por la Virgen María: "**hijo, ahí tienes a tu madre**". Gracias infinitas a las Camareras de la Virgen en sus distintas advocaciones. Ustedes son verdaderas madres en la fe.

El Domingo pasado escuchábamos de Jesús una sentencia que no admite comentarios: **"No pueden servir a Dios y al dinero".** Hoy San Lucas vuelve a presentarnos su relación con una parábola: **la del rico epulón y la del pobre Lázaro**.

El rico no tiene nombre propio. Fue solamente llamado epulón, es decir, uno que gusta de banquetes y el pobre, en cambio, tiene un nombre. Se llama "Lázaro", que nos recuerda a Lázaro resucitado por Jesús por petición de las hermanas de Lázaro: Marta y María, a quienes Jesús amaba y visitaba en su casa. El rico banqueteaba y el pobre Lázaro yacía en el suelo enfermo y esperando las migajas que caían de la mesa del rico. En esta vida es así de triste e injusta la situación. En cambio, la suerte después de la muerte es contrapuesta, inquebrantable y eterna: "Entre nosotros y ustedes se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a ustedes, no puedan; ni de ahí puedan pasar donde nosotros".

El mismo san Lucas en las bienaventuranzas de Jesús incluye también unas dramáticas lamentaciones: "Bienaventurados ustedes, los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios (...) ¡Ay de ustedes, los ricos!, porque ya han recibido su consuelo" (Lc 6, 20.24). Las parábolas que siguen son un explicitación de esta tremenda enseñanza.

Si Jesús expuso esa parábola no lo hizo para condenar a los ricos, sino para llamarlos a conversión y vivir en la fe. Son "Ayes" de misericordia. ¿Es malo es dinero? ¡No! Todos los necesitamos: los que buscan trabajo, los estudiantes, los enfermos y ancianos. El dinero es malo cuando se transforma en un ídolo, es decir, en un falso dios.

El Papa Francisco ha dicho sobre María que si queremos saber quién es María, se lo preguntemos a los teólogos, pero si queremos saber cómo se ama a María, nos fijemos en la fe del pueblo que la ama y que la invoca. Esta asamblea pública, Ustedes católicos queridos, confirman la certeza del Papa Francisco, ya que, en este recorrido de la fe por las calles de la Isla de Maipo, no nos cansamos de orar a María, de cantar a María, de amar a María, la Virgen Santísima.

Hoy nos encontramos en un momento complejo, por momentos difíciles en nuestra convivencia cotidiana, por la impotencia ante delincuencia y el narcotráfico, y también por situaciones más específicas de un pueblo que continúa con enormes desigualdades sociales. Es un momento de cruz. Y junto a la Cruz del Señor está María, la Madre del Señor, la Virgen del Monte Sinaí, la Virgen del Monte Carmelo, la Virgen de la Merced, la Virgen de Fátima, la Virgen de Lourdes. Razón de sobra para ofrecer la Eucaristía por la paz, el entendimiento, el reencuentro y la reconciliación de los chilenos. Eso también se lo debemos a la generación siguiente que recibirá de nuestras manos el amor y la justicia o el odio y la avaricia que hayamos sido capaces de sembrar.

Nuestra procesión no termina el último Domingo de septiembre. La fe auténtica se abre de par en par en el corazón de los creyentes, para comunicar a otros los amores y certezas más profundas que nosotros hemos recibido. Y ese amor y esa certeza se llama Jesús, hijo de Dios e hijo de María, nuestro Salvador.

Los invito a mirar los rostros de nuestros campesinos, de los ancianos, de los enfermos, de los migrantes que han llegado a Chile y a nuestra diócesis buscando nuevas expectativas de vida y un trato digno.

Al hacer esta invitación, escucho en lo más profundo del corazón la palabra de María: "**Hagan lo que Él les diga**", dijo la Virgen en las Bodas de Caná. Y antes por esa misma fe su prima Isabel le dijo la más hermosa de las bienaventuranzas: "**Feliz tú que has creído**". Por esa fe de María, Madre y Misionera, esta mañana escucho a esa mujer del evangelio que irrumpe en una alabanza exclamando a Jesús: "**Bendito el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron**".

Gracias queridas hermanas y hermanos; gracias familias; gracias cofradías y huasos; gracias Virgen Santísima. Gracias a todos quienes han querido dar un testimonio público de nuestra fe en Jesús su hijo bendito a quien damos honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.